

Gloria Elgueta y Claudia Marchant (editoras)

Historia reciente y violencia política. Lucha armada en la Argentina (La Revista)

Santiago, Tiempo Robado, 2013, 227 páginas, ISBN 978-956-9364-00-6*

El presente libro se compone de ocho trabajos a cargo de historiadores y científicos sociales de la Argentina, entre los cuales podemos mencionar a Sergio Bufano, Pilar Calveiro, Pablo Pozzi, Horacio Tarcus y Hugo Vezzetti. Todos ellos, desde distintas miradas y perspectivas de análisis se acercan al estudio de los años sesenta y setenta del siglo XX, a través de la historia reciente, como campo historiográfico y momento histórico, y la violencia política como aspecto teórico-conceptual.

La presentación está a cargo de las editoras, donde se refieren al poco interés y producción que se ha desarrollado en Chile sobre estos temas. Así, aspectos relacionados con la memoria, historia y política reciente son escasos y demasiados especializados, aunque en el último tiempo, las tesis de pre y postgrado han ido en aumento. ¿Cuál es la razón de este estado de cosas? Algunos hablan de la escasez de fuentes y archivos, otros de lo complejo de abordar una historia que está en construcción y finalmente del poco apoyo económico que se da a este tipo de temas, en comparación con otras temáticas ya validadas (pp. 12-13).

Respecto a los trabajos, en primer lugar destacamos el de Pilar Calveiro, quien se adentra en el tema de la memoria, pero no cualquier memoria, específicamente la “memoria política”, ya que la dictadura argentina fue un fenómeno político, por lo tanto, “reclama ser descifrado igualmente en clave política”. Al mismo tiempo está cruzada por su experiencia particular en lo que entonces era la “militancia revolucionaria”, dentro de un grupo armado, Montoneros y desde una identidad política específica, al peronista” (pp. 29 y 30).

La autora se pregunta, entre otras cosas, ¿cuál es el objeto de hacer una memoria política?; aquello significa “recuperar lo sentidos de aquella práctica, la de los años sesenta y su relación con la violencia en las circunstancias en las que se desencadenó” (p. 31), y por otra parte, la pérdida o ausencia de una memoria política “se vincula con la pérdida de sentido de la política misma, de su vitalidad”, que sería uno de los fenómenos (problemas) que hoy se vivencian.

Para entender y comprender la dinámica que adquirió la política en la Argentina de los sesenta, es necesario situarla en un contexto mundial, “que organizó, política y simbólicamente, parte de los enfrentamientos” (p. 32). Un corto siglo XX que se inicia con la Primera Guerra Mundial y termina con la caída de la Unión Soviética en 1991. Última manifestación de la “Guerra Fría”. Será en este contexto, donde se enfrentan dos modelos hegemónicos, los cuales se asumían “no como adversario sino como enemigos antagónicos” (p. 33). Allí están presentes los proyectos revolucionarios, donde la discusión política central fue la opción por la lucha armada. Esto conllevó a desplazar el cómo lograr los consensos, las alianzas y los acuerdos políticamente hablando, imponiéndose aquella mirada de la lucha armada, en la cual se confrontaban dos aspectos: “una violencia conservadora del

* Esta reseña corresponde a la presentación y comentario del libro realizado el jueves 3 de abril de 2014 en la sala 202 de la Facultad de Derecho de la Universidad de Concepción.

derecho, que instrumenta el Estado, y otra violencia fundadora de un nuevo orden y un nuevo derecho, que se pretenden más justos. “Se oponían así la violencia estatal y la violencia revolucionaria bajo un lenguaje guerrero” (p. 38).

Finalmente, la autora plantea diez hipótesis de trabajo sobre las características que adoptó la violencia política en Argentina (pp. 38 a 45).

El segundo de los trabajos es el de Federico G. Lorenz. La tesis central del autor dice relación con el trabajo de los historiadores respecto a la historia reciente. Se trata de una interpelación a los historiadores sobre el tema de la memoria y que está centrada en tres cuestiones fundamentales: quién recuerda, qué se recuerda y de qué modo se recuerda. A lo cual se agrega el recuerdo que tiene un actor social sobre determinados eventos y formas.

En todo este proceso, el espacio público constituye un terreno fértil en el cual se despliegan disputas por la apropiación social del pasado y del cual puede surgir una “memoria dominante” como resultado de un proceso de “producción social del pasado” en un intento de “dominación política” (p. 58).

¿Cuál es el papel desempeñado por los historiadores en las discusiones sociales acerca del pasado? En primer lugar, aportar elementos para traer a la luz aquellos hechos y actores olvidados. “El trabajo del historiador tanto cuestiona como afirma, mata como crea, y en eso consiste, también, la politicidad de nuestra profesión”. En segundo lugar, no se debe escribir la historia de lo que hubiéramos querido que sucediera. “No podemos estigmatizar aquello que aborrecemos ideológica o políticamente faltando a la verdad” (p. 60); por lo tanto, esto exige mantener una actitud crítica en un doble sentido: analizarlos como actores históricos en nuestra propia tarea y exponernos a la revisión pública y científica.

Pablo Pozzi, en las primeras líneas de su trabajo, realiza algo así como un “estado de la cuestión” sobre el tema de la “lucha armada” en Argentina. El autor señala que dentro de las investigaciones que se han escrito sobre aquel tema podemos encontrar aquellas relacionadas con una “historia oficial” de los grupos guerrilleros; las circunscritas a aspectos anecdóticos; los que escriben según sus conveniencias, quienes la tergiversan y aquellas que contienen muchos mitos y silencios sobre el accionar de estos grupos (pp. 65. 66). Más allá de estas consideraciones, Pozzi comenta que gran parte de los trabajos y artículos publicados sobre el tema han instalado una serie de postulados, los cuales rara vez son cuestionados, por ejemplo, que la violencia política emergió con la guerrilla o que la guerrilla con su accionar provocó el golpe (p. 68).

Para el autor, el tema de la violencia política en Argentina no era nuevo. Las masacres de indígenas y obreros, así como los aparatos armados de los partidos, constituyen algunos ejemplos de cómo la violencia política había estado presente en Argentina antes de la década del 50. En otras palabras, la guerrilla argentina se enmarca en un contexto internacional marcado por la revolución cubana, la guerra de Vietnam, las luchas de liberación en África, las luchas del Che y Camilo Torres, entre otros acontecimientos. A lo cual se suman las violaciones permanentes a la voluntad popular en Argentina (p. 72).

En opinión de Pozzi, la guerrilla sí valoró la democracia, pero su propia concepción de democracia, una de tipo guerrillera, asentada en la movilización popular y centrada en la conformación de formas de organización con características de poder dual, es decir “un poder popular genuinamente democrático” (p. 75). Sin embargo, concluye Pozzi, “[l]a guerrilla cometió numerosos errores, pero la represión le impidió la posibilidad de visualizarlos en profundidad y corregirlos” (p. 79).

Por su parte, Hugo Vezzetti, en un extenso artículo (pp. 80 a 113) analiza la memoria o las memorias de la Argentina reciente. El autor realiza un recorrido histórico sobre el papel que han desempeñado la política, memoria e historia, especialmente en la etapa postdictadura y como ésta hace referencia a las víctimas de la represión estatal. En ese trayecto histórico irrumpió, por ejemplo, con el tema Malvinas, la llamada “memoria patriótica” y posteriormente el Informe “Nunca Más”, que consagró la teoría de los “dos demonios”.

Para el autor, existió una memoria antes y después de la dictadura. En primera instancia está aquella que se relaciona con la lucha y resistencia, para luego encontramos con la historia de la represión, masacres, exterminios; es decir, la figura de la víctima y la lucha por los derechos humanos.

En otro de los trabajos, Sergio Bufano y Gabriel Rot entrevistan a Gustavo Plis-Sterenber, el cual realizó una profusa investigación sobre el ataque fallido llevado adelante por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en contra del Batallón de Arsenales “Domingo Viejobueno”, conocido como “Monte Chingolo”, localidad donde se desarrolló el enfrentamiento.

En la entrevista, el autor del libro narra cómo se aproximó al tema, señalando que su idea original era “abordar la vida de los hombres y mujeres del ERP”; es decir, “explicar por qué jóvenes estudiantes, profesionales y trabajadores tomaron las armas y asaltaron un cuartel. Deseaba explicar lo que era la militancia. Entonces inevitablemente tuve que profundizar en las historias individuales de algunos de los combatientes del ERP” (p. 115). Fue así como tomó forma la idea de escribir un libro sobre el asalto al Monte Chingolo, ocasión en la cual el ejército derrotó a la guerrilla; además, esa acción constituyó una muestra de lo que después ocurriría, una represión a nivel nacional y masiva. Asimismo, Plis-Sterenber comenta cómo logró contactar a algunos protagonistas y testigos de la época, las dificultades para entrevistarlos y la gran cantidad de información que logró compilar durante su investigación.

Uno de los puntos importantes de la entrevista dice relación con la responsabilidad que tuvo Roberto Santucho en la operación. Para el autor, ésta debió ser evaluada: “Cuando un general pierde una batalla, no sé, renuncia o lo renuncian para colocar a uno nuevo. Lo que pasa es que la figura de Santucho no tenía reemplazo” (p. 120).

En otros pasajes de la entrevista, se da cuenta de la participación social e influencia del ERP. Por ejemplo, el reparto de leche y alimento en poblaciones humildes, así como la ayuda que prestaron algunas villas cuando se retiraron heridos del Monte Chingolo. También se informa del intento del ERP por integrarse a la vida política, ofreciendo un armisticio a cambio de su legalización, liberación de los presos y la suspensión de las acciones militares. Finalmente, todo aquello queda en nada ante la inminencia del golpe de Estado (pp. 124 y 125).

El escrito de Sebastián Etchemendy realiza una importante distinción entre lo que él denomina el “sindicalismo clasista” y el “sindicalismo populista o corporativo”. El primero es definido como aquel que se estructura desde abajo, de modo asambleario y que pone énfasis en las condiciones de trabajo como en los salarios. Además, realiza acciones directas y un cuestionamiento al control capitalista. Mientras que el segundo corresponde al sindicalismo más tradicional, cooptado por el peronismo (pp. 131 y 132).

El autor le asigna un papel muy importante al “sindicalismo clasista”, circunscrito a Córdoba y Buenos Aires, particularmente a la primera, cuando se produce el Cordobazo

del año 1969. Para Etchemendy, se trató de “[l]a rebelión urbana más grande de la historia latinoamericana, y la protesta popular violenta más importante en la región después el Bogotazo” (p. 139). Fue en esta protesta donde el sindicalismo clasista y algunos de sus máximos dirigentes jugaron un papel central. Asimismo, el autor destaca que los movimientos sindicales de base casi siempre rechazaban la lucha armada como metodología. El “vanguardismo armado iba en contra de su propia naturaleza y formas de trabajo diario”. La lucha estaba dada por mejorar las condiciones de trabajo en la fábrica (p. 147). Esa actitud les significó ser intervenidos desde el Ministerio del Trabajo, por los sindicatos nacionales, ataques de grupos paramilitares de derecha y el terrorismo de Estado. A lo cual se sumaba una masa obrera con lealtades mayoritariamente peronistas, situación que se agudizó cuando los movimientos clasistas se negaron a apoyar las candidaturas peronistas en 1973.

Los últimos dos trabajos del libro abordan elementos centrales del debate sobre lo que fue la lucha armada en la Argentina de los años sesenta y setenta. El texto de Lila Pastoriza toca un tema muy sensible para estas agrupaciones político militares. Se trata de la tortura que sufrieron algunos de sus integrantes, la delación en la cual habrían caído producto de aquella tortura, y las consecuencias que eso trajo para quienes se convirtieron en “delatores” de sus compañeros.

La autora analiza el caso de Roberto Quieto, uno de los máximos dirigentes de Montoneros, quien fue detenido y secuestrado a fines de 1975. Producto de las torturas a las cuales fue sometido, delató a sus compañeros. Aquello le significó ganarse la ignominia y ser condenado a muerte a través de un juicio de carácter revolucionario realizado por Montoneros. Sin embargo, la autora –protagonistas de aquellos años– intenta contrarrestar la “estigmatización” en la cual cayó Quieto. Para aquello cita entrevistas a quienes compartieron con Quieto sus últimas horas, algunas de sus ideas (críticas) sobre el accionar de Montoneros y las características que habría tenido su detención y eventual delación (p. 153).

Factor importante para explicar su detención por parte de Montoneros fue la “supuesta” debilidad ideológica de Quieto; es decir, en todas las organizaciones armadas, lo ideológico era importante, sobre todo por la necesidad de sustentar una práctica militante que requería sacrificio personal, heroísmo y la renuncia a los logros individuales; es decir, la fortaleza ideológica y la gran convicción política eran elementos centrales para enfrentar situaciones complejas, entre ellas las detenciones y la concerniente tortura. “La tortura se aguanta. Nadie habla. Un jefe se hace matar, pero calla” (p. 159). Trascurridos seis días de su detención, se inició un juicio revolucionario contra su persona. Siendo declarado culpable de los delitos de desertión en operaciones y delación, fue condenado a la pena de degradación y muerte (p. 164).

No obstante aquello, para la autora existen algunos elementos que no se han considerado a la hora de analizar el actuar y eventual delación de Quieto. Por ejemplo, que éste no habría delatado a sus compañeros de ruta, lo cual permitió que muchos de ellos pudieran evadir el accionar de los aparatos represivos del Estado, durante las primeras 24 horas. Asimismo, que Quieto “cantó” después de 24 horas, pero no entregó información valiosa sobre Montoneros, por ejemplo, finanzas, infraestructura, inversiones, prensa, propaganda (p. 169).

Sobre su situación personal, antes de su detención, quienes tuvieron la oportunidad de conversar con él por aquellos días, señalan que se encontraba anímicamente decaído (pp. 180 y 181). Lo cierto, siguiendo a la autora, es que si bien Quieto trataba de no cuestionar o criticar públicamente algunas acciones y formas que había tomado Montoneros, era evidente que tenía discrepancia con la conducción del movimiento (pp. 190 y 191).

Finalmente tenemos uno de los mejores trabajos sobre el tema de la llamada “violencia revolucionaria”; este corresponde a Horacio Tarcus. El escrito alude a una carta de Oscar del Barco publicada el año 2004 y en la cual hace referencia a la “violencia revolucionaria” desplegada por las agrupaciones armadas de la Argentina, su concerniente fracaso, los errores y hasta horrores cometidos en nombre de la revolución.

Al respecto, Horacio Tarcus señala que lo ocurrido con la izquierda necesita ser pensado como una derrota militar, política y también ética (p. 194). En el caso de la crítica que expresó del Barco, ésta fue más aguda, al señalar “que si algo ha caracterizado la historia de la izquierda es su profunda y constante falta de democracia”, agregando que el “socialismo real”, no solo nació sino que incluso “se hundió chorreando sangre por todo sus poros” (pp. 199 y 201). En el fondo se trata de una crítica descarnada a la forma en la cual la izquierda armada actuó en los sesenta y setenta. Como dice Sergio Calleti, el marxismo no fue recibido o leído como un sistema de herramientas teóricas a ser sometidas al intercambio con la propia realidad, sino que, por el contrario, los intelectuales y militantes de izquierda se dejaron colonizar por el marxismo, le abrieron los brazos como un nuevo discurso, completo y salvador. De ahí que la crítica que plantea Oscar del Barco generara tantas discrepancias y hasta animosidad entre algunos de sus antiguos compañeros de fila.

Tarcus, coincidiendo con del Barco, señala que las agrupaciones de la izquierda armada en la Argentina entraron rápidamente en una dinámica marcada por la violencia. “Así como los bolcheviques creyeron que tomarían el Poder cuando en realidad el Poder terminó por tomarlos a ellos, así los guerrilleros argentinos creyeron que pondrían la Violencia a su servicio cuando fue la Violencia la que, desplegando su propia lógica hasta el final, se sirvió de los guerrilleros” (p. 214).

En conclusión, los temas abordados en el presente libro tienen la particularidad de ser analizados más allá de aquella mirada romántica, épica y hasta gloriosa, como una forma de enarbolar un relato de autoafirmación de aquellos sectores que fueron derrotados, militar y políticamente. Asimismo, el libro constituye un interesante trabajo para adentrarse en las dinámicas y derroteros que siguieron aquellos sectores de izquierda que de acuerdo a la época abrazaron la lucha armada, en este caso argentina, pero también dar una mirada al caso chileno.

DANNY GONZALO MONSÁLVEZ ARANEDA
Universidad de Concepción